

—¡Una vela!—gritó á su vez un joven de veinticinco años—pregunten al señor Arthur qué opina sobre ella.

—¡Eh! señor Arthur,—dijo en inglés el teniente, sirviéndose de una bocina para no fatigarse inútilmente, dice el capitán qué opina usted sobre la cáscara de nuez que está á la vista.

—Salvo mejor opinión—respondió en el mismo lenguaje el joven guardia marina á quien dirigiera el teniente la pregunta, y que había subido para llenar las veces de vigía tan pronto señalaran buque á la vista, para mí es un buque de gran porte que orza para acercárenos. ¡Ah! ahora despliega la mayor.

—Sí,—repuso el joven á quien Walter diera el título de capitán,—tiene los ojos tan finos como nosotros; nos ha visto. Bien, si le gusta conversar, hallará con quién. Por lo demás, nuestros cañones deben aburrirse después de tanto tiempo de tener tapada la boca. Señor Walter, avise usted al jefe de batería que tenemos á la vista un buque sospechoso, para que se prepare.—Y adoptando á su vez la lengua de Albión y levantando la cabeza hacia las crucetas del mastelero de sobrejuanete donde quedara en observación el guardia marina, añadió:—¿qué le parece á usted la marcha de ese buque?

—Completamente militar, mi capi-

tán; y aunque todavía no descubro su pabellón, apostaría que trae á bordo una orden del rey Jorge.

—¿Verdad que sí?, una orden que intima á su capitán que dé caza á cierta fragata apellidada la *India* y en la que le promete, si consigue apoderarse de ella, el grado de capitán si es teniente y de mayor si es capitán. ¡Hola! ahora iza sus velas de juanete. Decididamente el sabueso nos ventea y quiere darnos caza, señor Walter; ordene usted que pongan las velas de la fragata en consonancia con las del buque á la vista y sigamos adelante sin desviarnos una línea; veremos si se atreve á cerrarnos el paso.

Walter repitió al instante la orden del capitán, y en un abrir y cerrar de ojos la fragata, que navegaba solamente con sus velas de mastelero, desplegó, como una triple nube, sus velas mayores, de manera que á su vez y como si se animara en presencia del enemigo la fragata hundió más profundamente su proa en las olas, levantando un chorro de palpitante espuma á cada banda de su casco.

A bordo de la *India* reinó entonces, y por un momento, el silencio y la expectación más profundos, de los que nos aprovecharemos nosotros para llamar nuevamente la atención de nuestros lec-

tores sobre el oficial á quien el teniente diera el título de capitán.

Ahora no era ya el joven y excéptico alférez de navío que hemos visto conducir á bordo de la fragata al conde Auray, ni el viejo matalote, de cuerpo agobiado y voz áspera y resuelta que le había recibido en la cámara, sino un mozo de veinticuatro á veinticinco años de edad, como ya hemos dicho; el cual, despojado de todo disfraz, aparecía por fin tal cual era y con el caprichoso uniforme que adoptaba una vez que, lanzado al Océano, únicamente podían conocerlo el mar, las tempestades y Dios. Junto á él, sobre el cañón de popa, había un pequeño casco de hierro con carrillera mallada: era su tocado de combate y la única arma defensiva con que se cubría. Algunos cortes, abiertos profundamente en el acero del casco, probaban, por lo demás, que en repetidas ocasiones aquél había salvado á la cabeza de que era protector de las terribles heridas que inferen los sables de abordaje.

Cuanto al resto de la tripulación, vestía en toda su exacta y severa elegancia el uniforme de la marina francesa.

Interin, el buque que veinte minutos antes señaló el vigía y apareció al principio como un punto blanco en el horizonte, fué convirtiéndose gradualmente

en una pirámide de velas y jarcias. Todos los tripulantes de la *India* tenían los ojos fijos en él, y por más que el capitán no hubiese dado orden alguna, cada cual había tomado sus disposiciones individuales, como si fuese cosa decidida el entrar en fuego. Reinaba, pues, á bordo de la *India*, el silencio solemne que en todo buque de guerra precede siempre á las órdenes decisivas del jefe, y por fin, y después de haberse agrandado todavía más el buque sospechoso, el casco de éste apareció á su vez cual surgiendo de las olas como sucesivamente habían hecho sus velas. Entonces, desde la *India*, pudieron ver que era una nave de algo más porte que no la suya y armada con treinta y seis cañones, y que, cual ella, navegaba sin pabellón en su pico cangrejo; de manera que, como la tripulación estaba escondida tras los empalletados, era imposible colegir, á menos que no fuese por señas particulares, á qué nación pertenecía. Estas dos observaciones las hizo casi simultáneamente el capitán, aunque sólo pareció llamarle la atención la última.

—Se me figura,—dijo el capitán al teniente—que vamos á tener una escena de baile de máscaras. Mande usted izar algunos pabellones, Arthur, y mostremos á nuestro desconocido que la *India* es una coqueta que dispone de mu-

chos disfraces; y usted, Walter, ordene que preparen las armas, pues en estos parajes no podemos encontrar sino enemigos.

Las dos órdenes fueron ejecutadas incontinenti: el joven guardia marina sacó de los estantes colocados en el alcázar de popa una docena de pabellones diferentes, y el teniente Walter abrió las cajas de armas y mandó establecer depósitos de picas, hachas y machetes en distintas partes de la cubierta; luego se volvió al lado del capitán. Cada tripulante ocupó entonces su sitio, más por instinto que por deber, pues todavía no habían tocado zafarrancho: de manera que el desorden aparente que por espacio de contados minutos reinara á bordo, cesó poco á poco, y en la fragata imperó de nuevo la atención y el silencio.

Entretanto, los dos buques seguían su línea convergente y se acercaban uno á otro por momentos.

—Señor Walter—repuso el capitán cuando la *India* se encontró á unos tres tiros de cañón del buque sospechoso,—me parece que es hora de que empecemos á embromar á nuestra enemiga. Mostrémosle el pabellón de Escocia.

El teniente hizo seña al jefe de timón, y la bandera roja con esquinazo azul se elevó como una llama en la popa de la *India*; pero en el buque desconocido no se notó señal alguna de que se

interesase lo más mínimo en esta manobra.

—Lo comprendo—dijo el capitán;—los tres leopardos de Inglaterra han llamado por tal modo los dientes y recordado tan á cercén las uñas del león de Escocia, que ni le hacen caso, tan seguros están de tenerlo domado porque está indefenso. Muéstreles usted otro emblema, señor Walter, tal vez logremos desatarle la lengua.

—¿Cuál, mi capitán?

—Tómelo usted á bulto, el acaso nos servirá de ayuda.

No bien el capitán hubo dado esta orden, cuando arriaron el pabellón de Escocia y en su lugar izaron el de Cerdeña.

El buque desconocido tampoco dió señal de vida.

—Ea—dijo el capitán— parece que Su Majestad el rey Jorge está en amistosas relaciones con su hermano de Chipre y Jerusalén. No les malquistemos llevando más allá la broma. Ice usted el pabellón de América, señor Walter, y confírmelo con un cañonazo sin bala.

Repitióse la manobra: el estandarte azul con esquina de gules y cruz de plata cayó sobre cubierta, y las estrellas de los Estados Unidos subieron lentamente hacia el cielo, *confirmadas* por un cañonazo sin bala.

Sucedió lo que el capitán había pre-

visto: al ver aquel símbolo de rebelión, que se elevaba insolentemente por los aires, el buque desconocido vendió su incógnito izando el pabellón de la Gran Bretaña. Al mismo instante apareció en el costado del buque realista una nube de humo, y antes de que se oyese el estampido una bala de cañón, rebotando de ola en ola, vino á morir á un centenar de pasos de la *India*.

—Mande usted tocar llamada, señor Walter—dijo el capitán—ya ve usted que hemos puesto el dedo en la llaga. Ea, hijos míos,—continuó, dirigiéndose á la tripulación,—¡hurra! por América y muera Inglaterra!

Una aclamación unánime respondió á la excitación del capitán, y aun no se había apagado aquélla, cuando oyeron tocar ataque á bordo del *Drake*, que tal era el nombre del buque á la vista: el tambor de la *India* respondió al punto, y cada cual corrió á su sitio: los artilleros á sus piezas, los oficiales á sus baterías, y los marineros encargados de la maniobra, á la maniobra. En cuanto al capitán, se subió inmediatamente á la toldilla de popa, provisto de su bocina, símbolo del mando superior, cetro del Imperio náutico, que el comandante acostumbraba á empuñar en el momento del combate y de la tormenta.

Entretanto se habían trocado los papeles: ahora era el inglés el que se mos-

traba impaciente y la fragata americana la que fingía tranquilidad. Apenas los dos buques se encontraron á tiro, en todo lo largo del costado del *Drake* apareció una faja de humo, seguida de una detonación parecida al fragor del trueno, y sus mensajeros de hierro, enviados para dar muerte á los rebeldes, vinieron á desaparecer por error de cálculo á alguna distancia de la *India*. La cual, como si se hubiese negado á responder á un ataque prematuro, continuó orzando para ahorrar todo el camino posible á su enemigo.

En esto el capitán Pablo volvió el rostro para dirigir una postrer mirada á su buque, y con sorpresa vió á un nuevo personaje que acababa de elegir aquel momento para hacer su entrada en escena. Era aquél un joven de veintidós á veintitrés años, de rostro simpático y descolorido, vestido con elegante sencillez, y cuya presencia á bordo ignoraba el capitán. El joven estaba arrimado al palo mesana, con los brazos cruzados en el pecho, mirando con melancólica indiferencia cómo se acercaba á toda vela el buque inglés. Semejante tranquilidad en tal momento y en un hombre que parecía ajeno al oficio de las armas, llamó la atención al capitán Pablo, el cual se acordó entonces del prisionero de que le hablara el conde de Auray, y que condujeron á bordo durante la última noche

que había pasado en el fondeadero de Puerto Luis.

—¿Quién le ha permitido á usted subir á cubierta, caballero?—le preguntó el capitán suavizando cuanto le fué posible el sonido de su voz, de modo que habría sido difícil juzgar si sus palabras eran una pregunta ó un reproche.

—Nadie, caballero—respondió el prisionero con voz suave y triste;—mas espero que, en estas circunstancias, será usted menos severo observador de las órdenes que me constituyen su prisionero.

—¿Ha olvidado usted que le han prohibido comunicarse con la tripulación?

—No he subido para comunicarme con ella, sino para ver si una bala acaba conmigo.

—Pronto puede haber dado con lo que busca si no se mueve usted de este sitio, caballero.

—¿Es una advertencia ó una orden, capitán?

—Tómelo usted como quiera.

—Pues le doy á usted las gracias—repuso el joven—me quedo.

En esto se oyó una nueva detonación; pero ahora los dos buques se habían acercado tanto uno á otro, que apenas estaban á tres cuartos de tiro de distancia; así es que el huracan de balas enviado por el *Drake* atravesó todo entero el velamen de la *India*, y aún arrancó algunas astillas á la arboladura, que

hirieron á dos ó tres hombres. En este instante el capitán tenía fija la mirada en el prisionero, y vió como una bala de cañón abría una escotadura en el palo mesana, en el que el joven estaba apoyado, y casi á raíz de la cabeza de éste, que, no obstante tal advertencia de muerte, permaneció tan sosegado y tranquilo como si no hubiese sentido en su frente el roce de las alas del ángel exterminador. Al capitán, que en achaques de valor era maestro, bastóle esta prueba para juzgar del hombre á quien frente á sí tenía.

—Está bien, caballero—dijo al joven el capitán Pablo—quédese donde se encuentra, y llegado el momento del abordaje, si está usted cansado de permanecer con los brazos cruzados, empuñe un sable ó una hacha y ayúdenos. Ahora dispéñeme que no me ocupe más en usted; otro que hacer tengo ¡Fuego!—prosiguió el capitán, gritando con la bocina al través de la escotadilla de la batería; —¡fuego!

—¡Fuego!—repitió como un eco el que recibiera la orden.

En aquel instante la *India* se estremeció desde la quilla hasta los sobrejuanetes, oyóse un horroroso estampido y por la banda de estribor se extendió, como un velo, una nube de humo que á poco fué desvanecida por el viento. El capitán, de pie en su banco de cuarto,

aguardaba con impaciencia que el humo hubiese desaparecido para juzgar del efecto que la andanada produjera á bordo del buque enemigo, y cuando pudo divisar algo al través de la humareda, vió que el palo mesana del *Drake*, roto por la cofa, había caído, obstruyendo con sus velas la popa, y que el velamen del palo mayor estaba acribillado.

—¡Bravo, hijos míos!—gritó entonces el capitán, llevando nuevamente su bocina á la boca.—Ahora tomemos rápidamente por avante. Están demasiado ocupados en desembarazarse de sus velas para enfilarnos con una andanada. ¡Fuego á discreción, y ver de hacer blanco!

Los marineros no se hicieron repetir la orden; la fragata viró graciosamente y terminó la maniobra sin que, como previera el capitán, el enemigo se opusiese á ella. Luego la *India* se estremeció otra vez como un volcán, y vomitó á un tiempo humo y llamas.

Ahora los marineros habían tomado al pie de la letra la orden del capitán, y la andanada entera dado en el casco y en los palos del buque enemigo. Los obenques, los estays y las rizas estaban cortados. Los dos palos permanecían todavía en pie; pero, alrededor de ellos, y de todos lados, colgaban jirones de velas.

Al parecer, el *Drake* había sufrido

una avería más grande que no podía juzgarse desde la *India*, pues la respuesta á la andanada que ésta le enviara se hizo aguardar bastante, y, en vez de enfilarse al enemigo, le disparó al sesgo. Ello no obstante, el efecto fué todavía más terrible, pues la andanada entera penetró por el costado y la cubierta de la *India*, causando desastres en el buque y en la tripulación; pero, por una casualidad que pudiera haberse atribuido á arte de magia, los proyectiles no habían causado avería alguna en los palos; sólo quedaron cortadas algunas jarcias, accidente sin importancia y que permitía al buque continuar maniobrando sin estorbo.

Una mirada bastó al capitán Pablo para conocer que únicamente había perdido algunos hombres y que la destrucción se había cebado más en la carne que en la madera.

—¡Caña á bordo!—gritó el capitán de la *India*, dando un brinco de alegría y llevando de nuevo su bocina á la boca.—¡Abordémosle por la aleta de babor! ¡A ellos! ¡al abordaje! ¡Otra andanada para arrasarla como un pontón y luego escalemosla como una fortaleza!

Al primer movimiento que hizo la *India* la fragata enemiga comprendió la maniobra y quiso neutralizarla evolucionando de igual manera; pero en el momento en que intentó ejecutar el movimiento, á bordo de ella se oyó un crujido

horroroso, y el palo mayor, semitronchado por la última descarga de la *India*, se tambaleó por un instante como árbol desarraigado, y cayó sobre proa, cubriendo la cubierta con su velamen y sus jarcias.

Entonces comprendió el capitán Pablo que había retardado la andanada del enemigo.

— Ahora es tan vuestra como si os la pusieran en las manos, muchachos—gritó el capitán de la *India*;—no tenéis más que tomarla. ¡Otra descarga á tiro de pistola, y al abordaje!

La *India* obedeció como caballo amaestrado, y, sin oposición, avanzó contra el enemigo, al que no le quedaba ya otro recurso que luchar cuerpo á cuerpo; no pudiendo maniobrar, de nada le servían ya los cañones. El *Drake* se encontró, pues, á discreción de su adversario, el cual pudiera haberse mantenido á distancia y acribillarlo hasta echarlo á pique; pero el capitán Pablo, que desdeñaba esta clase de victorias, le envió una postrer andanada á cincuenta pasos. Luego, y antes de ver el efecto de la descarga, la *India* se precipitó sobre el *Drake*, enclavijó sus vergas en las de éste, y lanzó sus arpeos. Al punto las cofas y los pasamanos de la fragata del capitán Pablo se inflamaron como una blandonera en días de fiesta, y empezaron á caer cual granizo, á bordo del

Drake, las granadas de mano, sucediendo en ambos buques, al estampido del cañón, el traquido de la fusilería.

— ¡Animo, muchachos, ánimo!—profirió una voz dominando aquel infernal ruido, como la de un ser sobrenatural;— ¡ánimo! ¡amarrad el bauprés á las portas de su castillo de popa! ¡Bien! ¡atadlos uno á otro como á la horca el reo! ¡Ahora, fuego con las carronadas de reserva de proa!

Todas estas órdenes fueron ejecutadas como por encanto: los dos buques fueron amarrados uno á otro cual con ataduras de hierro; las dos piezas de proa, que todavía no habían funcionado, retumbaron á su vez, barriendo la cubierta enemiga con un alud de metralla; luego resonó una voz terrible, que gritó:

— ¡Al abordaje!

Y uniendo el ejemplo á la orden, el capitán de la *India* arrojó su ya inútil bocina, se cubrió la cabeza con su casco, se ató la carrillera debajo de la barbilla, se puso entre los dientes el corvo sable que llevaba al cinto, y se lanzó al bauprés para desde él saltar á popa del buque enemigo. Sin embargo, por más que el capitán Pablo ejecutara este movimiento inmediatamente después de haber dado la orden de abordaje, con la misma rapidez que el trueno sigue al relámpago, fué el segundo que puso los pies en el *Drake*; el primero había sido

el joven prisionero del palo mesana, quien, despojado de su casaca y llevando por toda arma una hachuela, se anticipaba á los demás para recibir la muerte ó conquistar la victoria.

—Usted ignora la disciplina de mi buque—le dijo el capitán Pablo riendo; —yo soy el que primero debo pisar toda embarcación que abordo. Por esta vez le perdono, pero no lo repita.

Al mismo tiempo, por el bauprés, por los empalletados, por el extremo de las vergas, por los arpeos, los marineros de la *India* cayeron sobre la cubierta del *Drake* como caen los frutos maduros de un árbol sacudido por el viento. Entonces los ingleses, que se habían refugiado en la proa, descubrieron una carronada que tuvieron tiempo de volver de cara á popa, y una tromba de llamas y de proyectiles barrió á los asaltantes. La cuarta parte de la tripulación de la *India* cayó mutilada en la cubierta enemiga, en medio de un coro de ayes y blasfemias; ayes y blasfemias que quedaron ahogadas por una voz que gritó con acento terrible:

—¡Adelante todos los que aún vivan!

Entonces se desenvolvió una escena de confusión horripilante, un combate cuerpo á cuerpo, un duelo general: al estruendo de los cañones, al estampido de las bocachas, á la explosión de las granadas, sucedió el arma blanca, más

silenciosa y más segura, particularmente entre los marineros, que se han reservado para sí, para esta lucha, la herencia de los titanes, siglos hace proscritos de nuestros campos de batalla. Unos á otros se hienden el cráneo con



Entonces se desenvolvió una escena de confusión horripilante, un combate cuerpo á cuerpo, un duelo general:

hachas, ábrense el pecho con machetes, con picas de larga moharra se clavan en los restos de la arboladura, y de tiempo en tiempo, y en medio de esta silenciosa carnicería, resuena un pistoletazo, pero aislado y como corrido de intervenir en tan espantosa matanza.

La que estamos contando duró un cuarto de hora, pero con tal confusión, que nos sería imposible describirla; luego arriaron el pabellón de Inglaterra, y los supervivientes del *Drake* se precipitaron á la sentina por las escotillas de la batería, dejando en la cubierta á los vencedores, á los muertos y á los heridos, y en medio de ellos al capitán de la *India*, rodeado de su tripulación y con el pie sobre el pecho del capitán enemigo, y teniendo á derecha y á izquierda, respectivamente, al teniente Walter y al joven prisionero, cuya ensangrentada camisa proclamara la parte que tomara en la victoria.

—Todo ha terminado—dijo Pablo extendiendo el brazo;—quien de un golpe más se las habrá conmigo,

Luego tendió la mans á su joven prisionero, y profirió estas palabras:

—Caballero, esta noche me hará usted el favor de contarme su historia; no puede usted menos de ser víctima de alguna maquinación. A Cayena sólo deportan á los infames, y un valiente como usted no puede serlo.

VI

La madre y el hijo

Seis meses después de los acontecimientos narrados en los anteriores capí-

tulos, y en los primeros días de la primavera de 1778, una silla de posta avanzaba lentamente por el camino de Vanes á Auray. El viajero á quien conducía, traqueado en extremo por las rodadas de un camino vecinal, era nuestro antiguo conocido, el conde Manuel, al cual hemos visto abrir la escena en el muelle de Puerto Luis.

Manuel llegaba de París apresuradamente y regresaba al antiguo castillo de su familia, sobre la cual ha llegado el momento de dar algunos pormenores más claros y circunstanciados.

El conde Manuel de Auray era hijo de una de las más antiguas casas de la Bretaña. Uno de sus antepasados había seguido á san Luis á la Tierra Santa, y desde entonces el apellido de que él era el último heredero había resonado constantemente, en sus victorias y en sus desastres, en la historia de nuestra monarquía: el marqués de Auray, padre de Manuel, caballero de San Luis, comendador de San Miguel y gran cruz de la orden del Espíritu Santo, gozaba en la corte de Luis XV, en la que ocupaba el grado de maestro de campo, de la encumbrada posición que le crearan su cuna, sus riquezas y su valer; posición todavía mejorada, en el concepto del influjo, con su casamiento con la señorita de Sablé, que no le cedía respecto de la familia y de la reputación.

Cuando á la ambición de los jóvenes esposos se ofrecía un porvenir por demás halagüeño, después de cinco años cundió de improviso por la corte el rumor de que el marqués de Auray se había vuelto loco durante un viaje. Por espacio de largo tiempo nadie quiso dar crédito á tal noticia; pero llegó el invierno, y ni el marqués ni su mujer reaparecieron en Versalles. El rey, en la esperanza de que el de Auray recobraría la razón, se negó á llenar la vacante que éste dejara en Palacio; pero pasó otro invierno sin que ni él ni la marquesa acudiese á hacer lacorte á la reina. En Francia somos muy olvidadizos; la ausencia es una enfermedad de languidez á la cual tardan más ó menos á sucumbir los personajes de máspro. El sudario de la indiferencia se fué, pues, extendiendo poco á poco sobre aquella familia, encerrada en su antiguocastillo como en una tumba, y de la cual no se oía la voz ni para solicitar ni para quejarse. Los genealogistas sólo habían registrado el nacimiento de un hijo y de una hija, único fruto de tal unión. Continuaron, pues, los de Auray figurando entre la nobleza de Francia; pero como quiera que en el espacio de veinte años aquéllos no habían tomado parte alguna en las intrigas de alcoba ni en los asuntos políticos, ni siquiera se habían afiliado al bando de la Pompadour ni al de la Dubarry, ni señaládose en las victorias

del mariscal de Borglie, ni en las derrotas del conde de Clermont; en una palabra, como carecían de voz y de influjo, les habían olvidado personalmente del todo.

Sin embargo, en la corte, y por dos veces, se habló de los señores de Auray, pero sin resonancia: la primera, cuando el joven Manuel fué recibido, en 1769, entre los pajes de Luis XV; la segunda, cuando aquél ingresó en el cuerpo de mosqueteros del joven rey Luis XVI.

Manuel conoció al barón de Lectoure, pariente lejano de Maurepás; el cual barón le quería bien y gozaba de gran valimiento en el ánimo del ministro

El joven había sido presentado en casa del cortesano Lectoure, quien, sabedor de que aquél tenía una hermana, vertió un día algunas palabras respecto de la posibilidad de una unión entre ambas familias. Manuel, joven ambicioso y aburrido de bregar tras el velo que ocultaba su apellido, había visto en aquel matrimonio un medio de recobrar en la corte el lugar que su padre ocupara en tiempo del difunto rey, y, por tanto, acogido con solicitud la primera proposición que le hiciera el barón de Lectoure. El cual, por su parte, y so pretexto de estrechar con los del parentesco los lazos que le unían ya al joven conde, había empleado una instancia tanto más halagadora para Manuel, cuanto el hom-

bre que á éste le pedía la mano de su hermana no la conocía sino de oídas.

También la marquesa de Auray había aceptado con gozo tal combinación, que abría nuevamente á su hijo el camino del favor; de manera que la boda estaba concertada, si no entre los interesados, á lo menos entre las dos familias.

Manuel, pues, precediendo solamente de tres ó cuatro días al novio, venía á anunciar á su madre que todo estaba terminado según sus deseos.

En cuanto á Margarita, la futura esposa, se había limitado á participarle la resolución tomada, sin pedirle su consentimiento, y casi casi como notifican al reo la sentencia de muerte.

Mecido, pues, con los deslumbradores sueños de su futuro encumbramiento, y acariciando en su mente los más atrevidos proyectos que le sugería su ambición, entró Manuel en el sombrío castillo de Auray, cuyas feudales torrecillas, ennegrecidos muros y herbosos patios hacían contraste con las doradas esperanzas que á él le animaban.

En uno de sus aposentos de grandes molduras, chimenea esculpida y techumbre pintada al fresco, fué donde el conde Manuel entró al apearse de la silla de posta, impaciente por comunicar á su madre las buenas nuevas de que era portador. Sin perder tiempo en cambiar de traje, el joven arrojó sobre la mesa

el sombrero, los guantes y las pistolas de viaje, y ordenó á un criado ya de edad que fuese á notificar su llegada á la marquesa y le preguntase si quería recibirle en su aposento ó él la aguardaría donde se encontraba; pues tal era en aquella antigua familia el respeto que inspiraban los padres, que el hijo, después de una ausencia de cinco meses, no se atrevía á presentarse ante su madre sin contar antes con su aquiescencia.

Cuanto al marqués de Auray, apenas si sus hijos recordaban haberle visto dos ó tres veces, y casi á hurtadillas; porque siendo su locura, según decía la gente, de aquellas que se enconan á la vista de ciertos objetos, siempre habían puesto gran cuidado en alejarles de él. Unicamente la marquesa, por lo demás modelo de virtudes conyugales, permanecía junto al infeliz, á quien no sólo prestaba los deberes de esposa, mástambién los servicios de criado. De ahí que su nombre fuese venerado en las aldeas circunvecinas, al igual que el de las santas á las cuales su abnegación en la tierra ha conquistado un lugar en el cielo.

Poco después el anciano servidor entró de nuevo, anunciando que la marquesa de Auray prefería bajar, y que rogaba al señor conde la aguardase en la pieza en que encontraba. Casi al punto, se abrió la puerta del testero y se presentó la madre de Manuel. Era ésta,

mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, alta y pálida, pero todavía hermosa, y de semblante tranquilo, severo y triste, en el que se traslucía una singular expresión de altivez, autoridad y mando. Vestía la marquesa el traje de viuda, que adoptara en 1760, en que su marido perdiera la razón. Su rozagante y negro vestido daba á su andar, lento y sosegado como el de un espectro, algo solemne que esparcía sobre cuanto rodeaba á aquella mujer singular, un no sé qué sombrío, que ni el amor filial pudo vencer nunca en sus hijos. Así es que, á su aspecto, Manuel se estremeció como á una aparición inesperada, y levantándose con presteza, avanzó tres pasos hacia ella, hincó respetuosamente una rodilla, é inclinándose besó la mano que la marquesa le tendía.

—Levántate,—le dijo la de Auray;—me place verte de nuevo.

La marquesa dijo estas palabras con voz tan poco conmovida como si su hijo, que acababa de llegar tras una ausencia de cinco meses, se hubiese separado de ella la víspera.

Manuel, obediente, condujo á su madre á un gran sillón en el que ésta se sentó; él permaneció en pie y en actitud sumamente respetuosa.

—He recibido tu carta—dijo la marquesa á su hijo—y te felicito por tu destreza; más me parece nacido para la

diplomacia que para la guerra; deberías rogar al barón de Lectoure que solicitase para tí una embajada en vez de un regimiento.

—Lectoure está pronto á solicitar, cuanto deseemos, señora, y, lo que es más, alcanzará cuanto solicitemos; tal es su influjo en el ánimo de Maurepás, y tan enamorado está de mi hermana.

—¿Enamorado de una mujer á quien no ha visto?

—Lectoure es un hidalgo de buen sentido, señora, y el retrato que de Margarita le he trazado, y quizás también los informes que ha tomado acerca de nuestras riquezas, le han inspirado el más ardiente deseo de convertirse en hijo de usted y de apellidarme hermano suyo. Por tanto, él es quien ha insistido para que en su ausencia se llevasen á cabo todas las ceremonias preliminares. ¿Ha ordenado usted la publicación de las amonestaciones, señora?

—Sí.

—¿Podremos firmar el contrato pasado mañana?

—Con la ayuda de Dios todo estará dispuesto.

—Gracias, señora.

—Pero, dime—prosiguió la marquesa apoyándose en el brazo de su sillón é inclinándose hasta Manuel—¿el barón de Lectoure no te ha dirigido pregunta alguna respecto del joven contra quien

obtuvo del ministro una orden de deportación?

—Ninguna, madre. Estos son favores que se solicitan sin descender á explicaciones y se conceden sin desconfianza; entre gentes que saben vivir, es cosa convenida de antemano que tan pronto se hacen se olvidan.

—¿Así, pues, nada sabe?

—Nada, pero aun cuando lo supiese todo...

—¿Qué?

—Le creo bastante filósofo para que no influyera lo más mínimo en su determinación tal descubrimiento.

—Me lo temí; está arruinado—repuso la marquesa con indecible gesto de desdén y como hablando consigo misma.

—Y aun suponiendo que fuese así—dijo con inquietud Manuel—supongo que usted no variaría de dictamen.

—¿Acaso no estamos nosotros bastante ricos para rehacerle su fortuna si nos encumbra nuevamente?

—Así, pues, no queda sino mi hermana...

—¿Y tú crees que se opondrá á mis mandatos?

—¿Luego usted supone que ha olvidado á Lusignán?

—A lo menos desde hace seis meses no se ha atrevido á acordarse de él en mi presencia.

—Considere usted, madre, que esta

boda es el único medio de devolver á nuestra familia el lustre perdido, pues no debo ocultarle que mi padre, enfermo desde hace quince años y desde entonces alejado de la corte, ha sido completamente olvidado del viejo rey á su muerte y del joven rey á su exaltación al trono.

—Tienes razón, la memoria de los reyes es flaca, lo sé—murmuró la marquesa;—pero casi al punto, y como echándose en cara tal blasfemia, añadió:—creo que la bendición de Dios continúa amparando á Sus Majestades y á Francia.

—Y ¿quién podría atentar á su dicha?—profirió Manuel con la ilimitada confianza en lo porvenir, que constituía uno de los caracteres distintivos de la atolondrada é indolente nobleza de aquel tiempo.—Luis XVI, joven y bueno, y María Antonia, joven y hermosa, son objeto del amor de un pueblo valiente y leal. A Dios gracias, el destino les ha colocado fuera del alcance de todo infortunio.

—Créeme, hijo mío—repuso la de Auray moviendo la cabeza—nadie es superior á los errores y á las flaquezas humanas. No hay corazón, por muy dueño de sí que se crea, ni por firme que sea, que esté á cubierto de las pasiones. Cabeza alguna, aunque coronada, puede responder de que no encanezca, aun

en una noche. ¿Dices que su pueblo es leal y valeroso?

La marquesa se puso en pie, se acercó pausadamente á la ventana, y tendiendo con ademán solemne la mano en dirección al mar, añadió con voz majestuosa:

—Mira el Océano; está tranquilo y manso, y, sin embargo, mañana, esta noche, tal vez dentro de una hora, el soplo del huracán nos traerá los ayes de angustia de los desventurados á quienes engullirá en sus abismos. Aunque vivo alejada de la sociedad, á veces llegan á mis oídos extraños rumores, traídos como por espíritus invisibles y proféticos. ¿No existe una secta filosófica cuyos errores han alucinado á algunos hombres de valer? ¿No se habla de una clase entera de la sociedad que se desprende de la madre patria y cuyos hijos se niegan á reconocer á su padre? ¿No hay pueblo que se intitula nación? ¿No he oído decir que ha habido nobles que han cruzado el Océano para ofrecer sus rebeldes espadas que sus antepasados no solían desenvainar sino á la voz de sus soberanos legítimos; y no me han dicho también, como no sea un sueño de mi soledad, que el rey Luis XVI y la misma reina María Antonia, olvidando que los soberanos son una familia de hermanos, habían favorecido esas emi-

graciones arrojadas y dado patentes de corso á no sé qué pirata?

—Cuanto acaba usted de decir es verdad —profirió Manuel con admiración no fingida.

—Dios vele, pues, por Sus Majestades los reyes de Francia—repuso la marquesa retirándose lentamente y dejando á su hijo tan estupefacto con sus dolorosas previsiones, que éste dejó que saliese del aposento sin dirigirle una palabra ni hacer un gesto para retenerla.

Manuel se quedó primeramente serio é imaginativo, cohibido como estaba, digámoslo así, por la sombra que proyectaba sobre él el luto de su madre; pero pronto su indolencia recobró el ascendiente, y como para cambiar de ideas variando de horizonte se quitó de la ventana que miraba al mar y fué á apoyarse en la que daba al campo, desde la cual se descubría toda la llanura que se extiende de Auray á Vannes. Pocos minutos hacía que el joven conde se asomara á la ventana, cuando vió dos ginetes que seguían el mismo camino que él acababa de recorrer y, al parecer, se dirigían hacia el castillo. Al principio Manuel no pudo conocer quiénes eran aquellos, á causa de la distancia; pero á proporción que fueron acercándose, distinguió á un caballero y á su criado. El primero, que vestía á la usanza de